

PLATÓN: LA MAIÈUTICA

"Sócrates. ¡Qué extraño que nunca hayas oído que soy hijo de una partera, una apacible y saludable mujer, llamada Fenarete!

Teeteto. Lo he oído.

Sócr. ¿Te han dicho que yo también practico el mismo arte?

Teet. No, nunca.

Sócr. Sin embargo, es verdad; pero no divulgues mi secreto. No se sabe que yo poseo esa habilidad, y es así que los ignorantes me describen como un excéntrico que reduce a las personas a una perplejidad sin esperanza. ¿Te han dicho eso?

Teet. Sí.

Sócr. ¿Quieres que te diga la razón?

Teet. Sí, por favor.

Sócr. Considera, entonces, lo que ocurre con todas las parteras. Lograrás así comprender lo que quiero decir. Creo que sabes que ellas sólo atienden a otras mujeres en sus partos cuando ya no pueden engendrar hijos ni criarlos, puesto que están demasiado viejas para ello.

Teet. Por supuesto.

Sócr. Dicen que eso ocurre porque Artemisa, la diosa de los nacimientos, no tiene hijos. De ese modo, si bien ella no permitió que las mujeres estériles fueran parteras, porque excede el poder de la naturaleza humana el ser hábil en algo sin tener ninguna experiencia en ello, confirió tal privilegio a las mujeres que ya no podían criar hijos, en razón de su semejanza con ella.

Teet. Es probable.

[...]

Sócr. Todo esto, pues, cae dentro del campo de la partera; pero sus logros son inferiores a los míos. No es propio de las mujeres el dar a luz unas veces a criaturas reales y otras a meros fantasmas, de manera que resulte difícil distinguir a los unos de los otros. Si llegara a suceder semejante cosa, la más elevada y noble tarea de la partera consistiría en distinguir lo real de lo irreal. ¿No es cierto?

Teet. Naturalmente.

Sócr. Mi arte mayéutica es, en general, como el de ellas; la única diferencia es que mis pacientes son hombres, no mujeres, y que mi trato no es con el cuerpo sino con el alma, que está en trance de dar a luz. Y el punto más elevado de mi arte es la capacidad de probar por todos los medios si el producto del pensamiento de un joven es un falso fantasma o está, en cambio, animado de vida y verdad. Hasta tal punto me parezco a la partera, que yo mismo no puedo dar a luz sabiduría, y el reproche usual que se me hace es cierto: a pesar de que yo pregunto a los demás, nada puedo traer a luz por mí mismo, porque no existe en mí la sabiduría. La razón es la siguiente: el cielo me obliga a servir como partera, pero me ha privado de dar a luz. De modo que por mí mismo no tengo ninguna clase de sabiduría ni ha nacido nunca de mí descubrimiento alguno que fuera criatura de mi alma. Algunos de quienes frecuentan mi compañía parecen, al principio, muy poco inteligentes; pero, a medida que avanzamos en nuestras discusiones, todos los que son favorecidos por el cielo hacen progresos a un ritmo tal que resulta sorprendente tanto a los demás como a sí mismos, si bien está claro que nunca han aprendido nada de mí; las numerosas y admirables verdades que dan a luz las han descubierto por sí mismos en sí mismos. Pero el alumbramiento, en cambio, es tarea del cielo y mía.

La prueba de esto es que muchos que no han sido conscientes de mi asistencia, pero que gracias a mí han dado a luz, creyendo que toda la tarea había sido exclusivamente de ellos, me han dejado antes de lo que debían, ya sea por influencia ajena o por propia determinación, por lo que fueron malogrando, en lo sucesivo, su propio pensamiento al caer en malas compañías. Han ido perdiendo los hijos que yo les había ayudado a tener, porque los educaron mal, al atender más a los falsos fantasmas que a lo verdadero; y así, finalmente, tanto los demás como ellos mismos fueron conscientes de su falta de entendimiento. Eso fue lo que sucedió con Arístides, hijo de Lisímaco, y con muchos otros. Cuando vuelven, y buscan reanudar nuestro trato invocando extravagancias, la advertencia divina que llega hasta mí, a veces, me lo prohíbe. En otros casos, me lo permite, y entonces ellos comienzan nuevamente a progresar. En otros términos, quienes buscan mi compañía tienen la misma experiencia que una mujer con su hijo: sufren los dolores del parto y, tanto de noche como de día, están llenos de padecimientos mucho mayores que los de una mujer; y mi arte tiene el poder de producirlos o de evitarlos. Eso es lo que les pasa a alguno; otros, en cambio, Teeteto, pienso que en sus mentes nunca han concebido nada. [...]"

Platón. Teeteto, 149-151b.